

Ensayo La larga historia desconocida de las canciones de amor

“This is a love song”

KIKO AMAT

El otro día mi mujer intentó hornear galletas. Los ingredientes eran los adecuados y la cocción idónea, pero lo que emergió del horno tenía la consistencia de un shuriken, y sólo servía para ser disparado a la coronilla de un enemigo. *Canciones de amor* de Ted Gioia (Palo Alto, 1957) no es como aquellas fallidas obleas, ni mucho menos, pero sí resulta algo excesivo: mucha masa, muy apretujada, sólo digerible por aquellos para quien la música es la prioridad #1 en vida (mi caso).

El libro es una exploración histórica de la canción de amor desde la antigüedad. Su primer capítulo asusta una mijaja, porque en él se habla de ornitología y ciencia genética (una “hormona de la monogamia” que compartimos con las aves), pero no teman. El resto del ensayo no se centra en el cortejo de la rana cornuda del Amazonas, sino que concentra su mirada en nosotros, los bípedos *sapiens*.

Desde allí, Gioia mete el cerdo entero en el asador, y nos cuenta todo lo que el cerebro humano es capaz de registrar sobre la canción romántica. Nunca había aprendido tanto de una sola sentada sin tomar LSD: los egipcios inventaron la intimidad y los cantos de deseo malogrado, así como (perillanes) el uso de la música para la “estimulación erótica” (Barry White *avant la lettre*); los sumerios lanzaron la idea del amor trascendente (el “amor supremo”, citando a Coltrane) y usaron por primera vez dialéctica espiritual para hablar de guarradas; Safo fue la primera cantautora, y su estilo confesional de expresión íntima define el pop actual; los romanos, siempre avanzados, vieron que Eros era un mandón y un rufián, y que deberíamos temer al enamoramiento como dolencia que perturba el orden de las cosas.

¿Les parece denso? Gioia no ha hecho más que empezar. Desde allí atravesamos la edad media, viajamos con los goliardos, cantamos epitalmios, estudiamos las 100 canciones de amor del *Carmina burana* (un 69 *love songs* del siglo XIII), lloramos con Abelardo y Eloísa, pedimos autógrafos a trovadores (las primeras popstars, los primeros punk rockers), flipamos con las *Cantigas de amigo* (portugueses de pelo en pecho escri-



Abelardo y su alumna Eloísa pintados por E.B. Leighton

GETTY

la cita

“Ay, si yo fuera su doncella nubia,
para servirla en secreto [...]
Si fuese yo el lavandero [...]
frotaría yo mi cuerpo
con los vestidos suyos [...]
Si fuese yo su anillito de sellar,
guardián de su dedo.”

(CONTENIDO HARTO SALAZ DE UN PAPIRO EGIPCIO ANÓNIMO, 1300-1100 ANTES DE CRISTO, TITULADO POR LOS EGIPTOLOGOS ‘SIETE DESEOS’, O EL PLAYBOY DE LA DINASTÍA XX)

biendo con voz de señora), los madrigales y el nacimiento de la ópera (que acabó con los madrigales, como los Beatles acabaron con los Shadows). Cuando llegamos a los negros americanos del XIX ya sabemos que la mentalidad del esclavo es la esencia de la canción de amor de todos los tiempos (por la libertad de conducta del paria, que le permite llamar a las cosas por su nombre, y mostrar una autenticidad emocional negada a las élites).

Gioia explica todo esto de maravilla, y sólo titubea al final, al hablar de pop moderno, punk o rap (él es más de alumbrar pipas y examinar códices polvorientos que de frecuentar la disco del barrio). Un libro sensacional y fatídico a la vez, que les obligará a cambiar de talla de sombrero y quizás comprar Ibuprofeno de mayorista, pero que (si perseveran) hará crecer sus horizontes intelectuales y su visión de la música popular. |

Ted Gioia

Canciones de amor; la historia jamás contada

TURNER NOEMA. TRADUCCIÓN: JOSÉ ADRIÁN VITIER. 439 PÁGINAS. 29,90 EUROS.

libroscopio

Ultramarinos y ultrapoéticos

Hace dos años un cocodrilo de dos metros de longitud apareció a plena luz del día en la avenida Juárez de la capital de México. En el D.F. no se espantan de nada, pero aquello fue algo inaudito: ¡se trataba de un cocodrilo con gafas de pasta! Era el homenaje a **Efraín Huerta** que le rendía la ciudad en el centenario de su nacimiento. Huerta fue el fundador del *cocodrilismo* –decía que “amaba con la furia silenciosa de un cocodrilo aletargado”–, una broma inteligente de este grandísimo poeta que sólo era intolerante con la solemnidad. Admirador de **Lorca** e izquierdista medular, cuando debería haber llegado a nuestro país como uno de los grandes, el franquismo le cerró la puerta en las narices.

Resulta intrigante que una editorial llamada Ultramarinos se estrene publicando *Los eróticos y otros poemas* de **Efraín Huerta**, acompañado de otro insigne olvidado, **Alberto Cardín**, con un volumen titulado *Mi más hermoso texto*, que incluye sus tres poemarios y otras páginas de este iconoclasta irreductible. Voy a ver quién está detrás de este atentado a la desmemoria. Imagino que me encontraré sesentayochistas de pro, pero me topo con un joven tándem, eso que los horteras denominan *millennials* (los que llegaron a la edad adulta en el cambio de siglo). **Unai Velasco** y **Julia Echevarría** me citan en una boca del Ferrocarriles Catalanes, como hacen los estudiantes, y nos vamos a comer –una focaccia ellos, yo un menú, que soy más clásicón–. Julia va justa de tiempo porque ha de compaginar su nuevo trabajo en Ultramarinos con sus tareas de edición en Alpha Decay. Me dicen que “no apostamos ni por un diseño innovador en los libros ni por nuevos autores. No vamos a sacar ni grandes clásicos ni jóvenes emergentes”. ¿Cómo? ¿Vosotros no queréis hacer nada nuevo? “No vamos de emprendedores. No lo somos. Sacar a jóvenes poetas ya lo están haciendo muy bien Isla de Siltolá o La Bella Varsovia. Simplemente queremos publicar autores sudamericanos que no están y a autores españoles injustamente tratados”. Son unos románticos realistas: “No pretendemos vivir de la editorial. El objetivo no es sacar dinero. Tenemos otros trabajos”. No resisto la tentación de preguntar si el crítico literario tronante que es el padre de Julia –**Ignacio Echevarría**– les ha rugido: “Él ya vio los libros cuando estaban hechos y no nos puso apenas pegas”. Pues que se den con un canto en los dientes.

La poeta y editora **Elena Medel** ha decidido dejar otros proyectos y centrarse en su editorial, La Bella Varsovia. Le pregunto si hay un auge poético: “No tengo claro que la poesía haya aguantado mejor la crisis que la narrativa. Se ha mantenido, pero quizá porque no tenía demasiado que perder. Partíamos de lugares muy diferentes. En poesía no existen adelantos ni agentes literarios— salvo ahora, en casos puntuales, con autores vinculados a las redes sociales y a la canción de autor—, y la estructura de una editorial suele ser unipersonal: quien selecciona y trabaja el texto lo maqueta, lo corrige, prepara el albarán y las facturas, actualiza las redes sociales y carga con las cajas...”. Lamenta –y yo con ella– el cierre de DVD, la editorial de

Sergio Gaspar y El Gaviero.

“Puede haber un momento positivo para un tipo de escritura muy concreto, con un público determinado, que no lee ni compra otro tipo de libros. Sin embargo, el espacio en medios y librerías para la poesía sigue siendo el mismo: escasísimo”. En otoño aparecerá en La Bella Varsovia una colección de poesía ilustrada y se incorporarán de forma más intensa los autores latinoamericanos y las traducciones. Generalmente, los editores no suelen triunfar como escritores y los escritores que se ponen a editar suelen sudar tinta. Ella ha conseguido ser referente como poeta y como editora. Bien por Medel. |



Los editores Julia Echevarría y Unai Velasco A. ITURBE

ANTONIO ITURBE

